

Drácula en el cine, UNA HISTOIRA de amor y de sangre

LA PRIMERA GRAN PELÍCULA DE VAMPIROS de la historia nace en Alemania en 1922, menos de treinta años después de la invención del cine. *Nosferatu*, de Friedrich Wilhelm Murnau, es una adaptación no oficial de la novela de Bram Stoker. Criatura monstruosa de silueta amenazadora, el vampiro se aparece en la pantalla entre juegos de luces y sombras mudos tan heladores como hipnóticos.

Sin embargo, es al otro lado del Atlántico donde Drácula se convierte en estrella. En 1931, Hollywood se adueña de la figura del conde y le dedica la primera película fantástica del cine sonoro: *Drácula*, de Tod Browning. Apartándose de la descripción física repulsiva que Stoker le otorgara, el actor Béla Lugosi le imprime su estilo y lo dota de un accesorio que se fijará para siempre en el imaginario colectivo: su larga capa. El conde conquista Estados Unidos, país que se estremece de terror y de deleite ante este dandi depredador de tez lívida y sonrisa mordiente. La película es un éxito absoluto y populariza el personaje de Drácula en el mundo entero.

Los vampiros, calcados a partir de Béla Lugosi, se incorporan al panteón de las revistas *pulp* y los cómics, para volver a rondar las salas oscuras en 1958 con *Drácula*, primera película en color del género. A través de los rasgos del actor Christopher Lee, el mundo descubre a un conde a un tiempo carismático y bestial que presume de colmillos. Una fascinación incrementada por el rojo de la sangre, que por vez primera revienta la pantalla. Durante las dos décadas siguientes, Drácula vive su edad de oro, y el cine de género sólo tiene ojos para él.

El Drácula de Coppola, vampiro torturado por sus pecados

EN SU PELÍCULA DE 1992, Francis Ford Coppola redefine la figura del conde reforzándola con una génesis: destrozado por el suicidio de su bien amada, abandonado por una Iglesia a cuyo servicio estuvo, Drácula reniega de su fe y jura venganza eterna contra la humanidad, convirtiéndose así en el vampiro sanguinario que conocemos. El cineasta reinventa asimismo el personaje de Mina Harker para transformarlo en la reencarnación de la difunta esposa de Drácula. Sin perder la trama narrativa de Stoker, la película resalta su historia de amor tan apasionada como imposible. Drácula ya no es solamente un monstruo cruel, sino una víctima de su propia locura y su amor. Al reencontrarse con una parte de humanidad que lo empuja a arrepentirse de sus actos abominables, acaba suplicándole a Mina que ponga fin a su torturada existencia. Una ambigüedad nueva que no se les escapa a los millones de espectadores de las salas de cine, a quienes les cuesta celebrar la muerte del vampiro.

«—MINA, ESTARÁS CONDENADA COMO YO
A CAMINAR POR LA SOMBRA DE LA MUERTE
PARA TODA LA ETERNIDAD. Y YO TE AMO
DEMASIADO PARA CONDENARTE.
—ENTONCES APÁRTAME DE TODA ESTA... MUERTE».

Drácula (Gary Oldman) y Mina Harker (Winona Ryder) en *Drácula* de Francis Ford Coppola (1992)